



VERDUN

Ruinas de la ciudad heroica

tarios y cumplimos un deber poniéndolo en conocimiento del público y sobre todo de cuantos se interesan por la suerte de los que vienen a colonizar el Llano y se ven imposibilitados a los pocos meses, solo porque no tienen en su poder los escasos centavos que les es preciso gastar para el sulfato de soda, la quinina, dos vasos de leche y una libra de carne.

El Sindico

Las ciudades mártires de Francia y de Bélgica

Conferencia del R. Abate Ludovic Gaurier, sacerdote-soldado francés, en el teatro Olympia de Bogotá, el 4 de julio de 1917.

Orgullo y locura

¿Por qué, pues, tanto encarnizamiento contra Bélgica? ¿Por qué este martirio de un pueblo heroico cuyo rey merece ser equiparado con las más nobles figuras de la historia? ¡Ah! Bélgica demoró la invasión de Francia y así perturbó el plan alemán, cuya condición primordial era la rapidez de ejecución, y en pro de Bélgica violada Inglaterra tomó las armas; además, la patria de Alberto I y del Cardenal Mercier es esencialmente católica: de ahí el enaenamiento contra los sacerdotes y religiosos de la noble Bélgica.

Los enemigos de Francia siguen

diciendo: «Alemania es el pueblo escogido por Dios para castigar a la Francia impía». Pues bien, sucede que Francia nunca tuvo tantos y tan poderosos aliados: Inglaterra, Rusia, Italia, los Estados Unidos, el Japón, sin incluir Estados de menor cuantía. Todas estas naciones se han levantado al llamamiento de la justicia, mientras que Alemania, «la escogida por Dios», buscó apoyo en los turcos e instó a los musulmanes para que proclamaran la guerra santa contra el catolicismo. Si los acontecimientos de la guerra señalan netamente la voluntad divina, ¿cómo puede explicarse que las naciones que más sufrieron sean las más católicas: Bélgica y Polonia? No, Dios no se pone al servicio de nuestras rencillas y pasiones. La verdad está en que la guerra es un flagelo terrible con que los pueblos se castigan recíprocamente. Pero a ninguno de ellos, mayormente cuando está cubierto de crímenes e infamias, le asiste el derecho de exclamar: «Yo soy el mensajero de Dios». Dejad que suene la hora de la justicia y entonces podréis fallar. Mientras llega éste día vengador—ya se acerca—se nota que Dios difundió sobre esta nación ambiciosa:

Aquel espíritu de imprudencia y error de las caídas reales funesto precursor.

Un hábito de locura y de orgullo la lleva a multiplicar los delitos con que desafía a la humanidad entera y uno tras otro, los pueblos indignados rechazan a sus ministros y consules en señal de reprobación.

¿Será preciso recordaros los ho-

rores del comienzo de la guerra; los incendios, los asesinatos perpetrados en las personas de los sacerdotes y civiles, la violación de las mujeres y religiosas, el acto de poner delante de las tropas atacantes a los civiles belgas o franceses con el fin de esterbar el tiro de sus rivales, y mil crímenes más, cometidos deliberadamente con el objeto de aterrorizar? Sucedió cabalmente lo contrario; pues en presencia de tales fechorías no el miedo sino una cólera sagrada se apoderó de nosotros.

El perdón es para los arrepentidos.

Los que tenemos conocimiento de la verdad de tales hechos, que sabemos que los soldados alemanes han robado, asesinado, incendiado, violentado a mujeres y a doncellas, que han ultimado a los heridos, cortado a sablazos las manos de los niños, asesinado a miss Cavell, al capitán Fryal, martirizado al Padre Dupierreux y a otros; que han matado y herido cobardemente con zepelines a mujeres y niños (232 mujeres y 94 niños en el último raid sobre Londres), que han echado a pique con salvajismo increíble tantos buques neutrales y buques hospitales (recordad los 40 niños que perecieron en el hundimiento del *Lusitania*); que han llevado cual resaca de esclavos a los hombres, mujeres y jóvenes para sujetarlos a trabajos forzados; al saber todo esto y mucho más, nosotros los franceses, nosotros los belgas, nosotros los ingleses no podemos ya perdonar a estos viles asesinos.

Dado caso que estas palabras salidas de la boca de un ministro de Dios os escandalizasen, yo os recordaría que Cristo Nuestro Señor no perdonó sino al arrepentido. Si fuere preciso perdonar sin que la justicia quedare satisfecha y los crímenes expiados, el infierno y el purgatorio no tendrían razón de existir.

Lo más escandaloso del caso es encontrar admiradores de los alemanes y defensores de ellos entre los mismos católicos, a pesar de tantas infamias cuyo recuento acabáis de escuchar, como un pálido bosquejo. A estos católicos no es dable convencerlos, pues obran de mala fe. Me parece que oigo sobre ellos la más terrible de las maldiciones evangélicas caída de los sagrados labios del Dios de la Verdad:

«¡Ay de los hipócritas! *Sinite illos, caeci sunt et duces coecorum.* Dejados, son ciegos y guías de ciegos».

La responsabilidad de estos ciegos voluntarios será tanto más ante Dios cuanto más hayan tratado de inducir a otros en su culpable error.

FIN

Ahogado

El 15, en el Guatiquia, fuente al morro, se ahogó un tal Isaac N... de San Martín. Había ido con otro compañero a picar leña. Terminada la tarea quiso banarse. Como calentara el sol quizá le diera una congestión cerebral, el todo es que el infeliz se dejó rodar por las aguas turbias del río, y que no fue posible prestarle auxilio de ninguna clase.